

V DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO B



MONICIÓN INICIAL

Jesús nos llama y nos espera en la Eucaristía para que celebremos juntos la fe. Él sale al encuentro de toda persona que está en el mundo, en especial de quien necesita más de su presencia amorosa.

También nuestra comunidad, seguidora del Señor de Galilea, quiere tener sus puertas abiertas a toda la

humanidad.

ACTO PENITENCIAL

Al comenzar esta celebración pidamos al Santo Espíritu de Dios la piedad necesaria para vivir nuestra fe.

—Tú, que sanas los corazones que lloran. *Señor, ten piedad.*

—Tú, que conoces a cada uno de los que te pertenecen. *Cristo, ten piedad.*

—Tú, que sales al encuentro de toda la humanidad. *Señor, ten piedad.*

LECTURAS

Lectura del libro del libro de Job 7, 1-4. 6-7

Sal 146, 1-2. 3-4. 5-6 (R.: cf. 3a)

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 9, 16-19. 22-23

Lectura del santo evangelio según san Marcos 1, 29-39

MENSAJE PARA LA COLECTA

El evangelio de hoy nos muestra de nuevo que el corazón de Jesús tiene un sitio preferencial para los pobres y los excluidos. La preocupación por ellos, que brota de nuestra fe en el Señor, nos demanda una actitud de escucha y de respuesta atenta, desprendida y solidaria ante su llamada. Hoy, como cada primer domingo de mes, lo recordamos con especial sentido; y os pedimos otra vez vuestra colaboración generosa

en esta colecta, que será destinada a Cáritas para la atención a las personas y familias que necesitan nuestra ayuda.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Al Señor que nos reúne nos dirigimos con la confianza de los hijos, abriéndole nuestro corazón y solicitando ser conscientes de su compañía en nuestro caminar:

—Te pedimos por la Iglesia que somos todos, para que colabore en poner en pie a las gentes que están postradas por múltiples causas. Oremos.

—Te pedimos por los catequistas, que acierten a evangelizar como Pablo, alegrando el corazón de las personas que se deciden a seguir a Jesucristo. Oremos.

—Te pedimos, Señor, por las familias que en los últimos meses han bautizado a sus hijos: que, como María y José, sepan acompañarlos al encuentro con Dios. Oremos.

—Por nuestra sociedad, que esta crisis sanitaria y social no dispare las tendencias egoístas y sepamos afrontar la situación con solidaridad y esperanza. Oremos.

—Por todas las personas y colectivos empeñados en trabajos que buscan devolver la ilusión, la dignidad y la esperanza a quienes han quedado en los márgenes de la sociedad. Oremos.

—(Cada asamblea pronuncia aquella petición que más le preocupa).

Señor Dios, contamos con que hayas oído nuestra plegaria, sea de tu agrado y nos acompañes a la hora de poner manos a la obra.

REFLEXIÓN

El evangelio que acabamos de escuchar comienza con un episodio muy simpático, muy hermoso, pero también lleno de significado. El Señor va a casa de Simón Pedro y Andrés, y encuentra enferma con fiebre a la suegra de Pedro; la toma de la mano, la levanta y la mujer se cura y se pone a servir. En este episodio aparece simbólicamente toda la misión de Jesús. Jesús, viniendo del Padre, llega a la casa de la humanidad, a nuestra tierra, y encuentra una humanidad enferma, enferma de fiebre, de la fiebre de las ideologías, las idolatrías, el olvido de Dios. El Señor nos da su mano, nos levanta y nos cura. Y lo hace en todos los siglos; nos toma de la mano con su palabra, y así disipa la niebla de las ideologías, de las idolatrías. Nos toma de la mano en los sacramentos, nos cura de la fiebre de nuestras pasiones y de nuestros pecados mediante la absolución en el sacramento de la Reconciliación. Nos da la capacidad de levantarnos, de estar de pie delante de Dios y delante de los hombres. Y precisamente con este contenido de la

liturgia dominical el Señor se encuentra con nosotros, nos toma de la mano, nos levanta y nos cura siempre de nuevo con el don de su palabra, con el don de sí mismo.

Pero también la segunda parte de este episodio es importante; esta mujer, recién curada, se pone a servirlos, dice el evangelio. Inmediatamente comienza a trabajar, a estar a disposición de los demás, y así se convierte en representación de tantas buenas mujeres, madres, abuelas, mujeres de diversas profesiones, que están disponibles, se levantan y sirven, y son el alma de la familia, el alma de la parroquia.

Como se ve en el cuadro pintado sobre el altar, no sólo prestan servicios exteriores. Santa Ana introduce a su gran hija, la Virgen, en las sagradas Escrituras, en la esperanza de Israel, en la que ella sería precisamente el lugar del cumplimiento. Las mujeres son también las primeras portadoras de la palabra de Dios del evangelio, son verdaderas evangelistas. Y me parece que este episodio del evangelio, aparentemente tan modesto, precisamente aquí, en la iglesia de Santa Ana, nos brinda la ocasión de expresar sinceramente nuestra gratitud a todas las mujeres que animan esta parroquia, a las mujeres que sirven en todas las dimensiones, que nos ayudan siempre de nuevo a conocer la palabra de Dios, no sólo con el intelecto, sino también con el corazón.

Volvamos al evangelio: Jesús duerme en casa de Pedro, pero a primeras horas de la mañana, cuando todavía reina la oscuridad, se levanta, sale, busca un lugar desierto y se pone a orar. Aquí aparece el verdadero centro del misterio de Jesús. Jesús está en coloquio con el Padre y eleva su alma humana en comunión con la persona del Hijo, de modo que la humanidad del Hijo, unida a él, habla en el diálogo trinitario con el Padre; y así hace posible también para nosotros la verdadera oración. En la liturgia, Jesús ora con nosotros, nosotros oramos con Jesús, y así entramos en contacto real con Dios, entramos en el misterio del amor eterno de la santísima Trinidad.

Benedicto XVI, *Homilía* (5 de febrero de 2006)